

VESTIR AL DESNUDO SEGÚN GREGORIO MARAÑÓN

Estamos acercándonos a ese acontecimiento de gracia que nos ha regalado el Papa Francisco: el gran Jubileo de la Misericordia. Las obras de misericordia, que ya aprendimos de jóvenes, ahora se ponen de moda y debemos estudiarlas de nuevo y, mejor aún, ponerlas por obra. El papa argentino nos concede incluso indulgencia cada vez que las practiquemos.

Para nuestros diálogos, reflexiones, catequesis o predicaciones volveremos a revisar textos bíblicos, patrísticos y magisteriales que nos hablen de la misericordia y sus diversos modos de ponerla la práctica.

Pues bien, en el mundo laico también podemos encontrar sugerencias interesantes.

Releyendo una obra del doctor Gregorio Marañón, *Vida e historia*, me encuentro con un ensayo bien interesante a propósito de la obra de misericordia que nos pide “*vestir al desnudo*”. La importancia de esta caridad para con el prójimo queda patente desde el principio de su reflexión: “*Hoy vamos a insistir sobre el problema y es, en efecto, excepcional; porque el vestido constituye una necesidad primaria, prácticamente del mismo rango que el alimento. El pan y el traje se consideran como dos necesidades mínimas e igualmente perentorias. El mismo sentimiento de injusticia nos produce el espectáculo de un hombre que no tiene nada que comer y el de otro que está desnudo. Y, sin embargo, hay entre ambos una diferencia esencial. El comer es una esclavitud con la que hemos nacido, y que nos iguala a todos los seres vivos de la tierra, mientras que el vestido es una creación artificial, exclusiva de la especie humana. ¿Qué relación tiene –nos preguntamos– el traje con los instintos primarios, para convertirse en una necesidad fundamental? Y a la vez, ¿cuál es ese su sentido humano que le convierte en una de las características de nuestra especie?*”.

El doctor Marañón, desde su sabiduría médica, trata de responder a estas preguntas en ese ensayo que lleva por título “*Psicología del vestido y del adorno*”. Mientras tenemos la oportunidad de leer su reflexión al completo, adelanto su conclusión: “*Creo haber demostrado que el vestido no se puede explicar como una mera defensa contra el ambiente hostil, sino que, desde mucho antes, otras dos necesidades poderosas habían contribuido a su creación y a sus modalidades: la necesidad de la jerarquía y el auge de la diferenciación individual; ambas expresiones directas y características de la dinámica sexual de nuestra especie.*

El tema del vestido no es, pues, como parece a primera vista, un tema banal. El vestido significa mucho más de lo que creemos, para el hombre. Hay que amar a nuestro traje y oponerse a la moda desnudista. No sólo por razones éticas, sino porque el desnudismo es enemigo mortal de un don precioso del hombre: la intimidad, que exige el recato, y es enemiga del desnudo.

El mandato divino de “vestirás al desnudo” está lleno de profundos sentidos diversos. El vestido es, en efecto, fuego vivo y cordial; hogar propicio que nos acompaña a todas partes. Por eso yo me emociono al despedirme de mis trajes como al despedirme de un amigo sin tacha; y oigo con los ojos turbios al poeta que, antes de empeñarla, humedece de llanto su capa: o al gaucho viejo de la canción que habla de su poncho como si fuera – y quién sabe si lo era – no sólo el abrigo de su cuerpo, sino paño de lágrimas de su corazón. Pero vestir al desnudo es darle, además, el engaño de la jerarquía, con la que nuestra vanidad se alimenta y a veces se calma; y puede ser el antídoto de todos los trastornos que se nutren en la defraudada vanidad. Y al vestir al desnudo, por fin, vestimos de gala al amor, afinamos su eficacia y ennoblecemos su categoría”.